

NÚMERO 119.

Discurso pronunciado por el señor Licenciado don Miguel S. Macedo, Subsecretario de Gobernación, en el acto de la inauguración de la Columna de la Independencia, el 16 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Señoras y señores:

Hace un siglo, las campanas, al toque de rebato, convocaban al pueblo á la conquista de la libertad; las manos se levantaban crispadas empuñando útiles de trabajo convertidos en armas, y se encendía la guerra que iba á envolver en su estruendo y en sus fulgores á este país; á poblar los aires de gritos terribles de ira, de dolor y de desesperación, y á santificar la tierra con la sangre de los héroes. Hoy, las campanas lanzan sus voces en alegres repiques, los arcos triunfales cubren el haz de la República, las manos elevan palmas, de los labios brotan hosannas, y de los corazones se desprenden, como los mejores perfumes, la gratitud á los héroes, el amor á la libertad y la fe en los destinos de la Patria.

Los mexicanos que tenemos la alta honra de ocupar hoy una tribuna, sentimos que las ideas acuden en tropel á nuestra mente y que las emociones patrióticas se desbordan en nuestro pecho. Querríamos describir toda esta bendita tierra de nuestro amor, decir toda su historia y la de sus héroes, cantar sus triunfos y gemir al recuerdo punzante de los días—que fueron tantos—en que su cielo se oscureció por el infortunio. ¡Querríamos pronunciar todas las palabras de amor y de gratitud, de bendición y de esperanza! Mas ya que eso es imposible, ¿qué podremos hacer mejor que decir lo que pensamos de los hechos que hoy se conmemoran? Cada página de la Historia tiene, dentro de su unidad, un sentido diverso en cada época y es fuente evocadora de ideas y de sentimientos diversos para cada generación. Voy á intentar decirlos cómo comprendemos hoy el pasado y cuál es el porvenir que creemos estar elaborando. Y no mi pensamiento individual. ¿Qué soy si no un átomo perdido en el seno inmenso de la Patria? Mas no soy un solitario que haya levantado su celda en el desierto; ligado á hombres consagrados al trabajo, que toman parte en la labor social, comulgo en ideas con ellos y mi corazón late al unísono con los suyos. A ese título y sólo á él, os dirijo la palabra y os invito, señores, á concederme vuestra atención por breves instantes.

En 1810 estalla la lucha sin organización ni disciplina, como una explosión del odio de la nueva raza incubada durante la era colonial, y se abre el período doloroso en que con lágrimas y con sangre se va á constituir la nacionalidad propia de esa raza: once años de pelear hijos de América que proclaman la Independencia, contra los soldados del Virreinato, hijos de América también casi todos; once años que son de luctuosas hecatombes con Hidalgo y Allende; de táctica y de genio con Morelos, Galeana, Matamoros y los Bravos; rayo de gloria con Mina; fe y abnegación con Guerrero.

Hay un instante en que el arco iris luce en el cielo de la Patria; todo parece unión y concordia. Un criollo, antes enemigo implacable de los insurgentes, simulando servir á la causa del absolutismo y obrar en odio á las instituciones constitucionales, mas en el fondo movido de su ambición, se apodera del mando principal de las fuerzas realistas, pone su espada al servicio de la Independencia y con

el alto nombre de «libertador» entra en el grupo olímpico de los fundadores de la nacionalidad. Al abrazo de Acatempan suceden los tratados de Córdoba; la Independencia se consuma proclamando ser la fusión de todas las razas, de todas las creencias y de todas las aspiraciones de los habitantes de esta tierra, y el tricolor pabellón de Iguala es desde entonces la enseña de la Patria.

Mas aquella apariencia de bonanza fué tan fugitiva como el iris de los cielos. Si el problema de la nacionalidad estaba resuelto, no así el político: las dos tendencias que en todo tiempo y por doquiera dividen á los hombres, la conservadora de los intereses creados, á veces reactiva hacia formas que jamás volverán, y la que todo lo espera de la reforma y de la libertad, continuaban frente á frente; los hombres de cada uno de los viejos bandos encontraban que no podían entenderse con los del bando opuesto: parecían no hablar la misma lengua, pues para los unos la Independencia era el medio de conservar la monarquía, las formas de gobierno tutelar y las instituciones de quietismo y de sumisión al Estado y á la Iglesia, el antiguo régimen, en una palabra; en tanto que para los otros representaba la reforma de usos é instituciones en el sentido de la libertad y de la democracia. El grito de Pío Marcha en un cuartel, los alaridos del populacho en los barrios de México y la ambición en el corazón del libertador hacen á éste «traicionar su gloria» é inician un nuevo y largo, casi interminable período de combate entre mexicanos; medio siglo en que la Nación va de un extremo á otro; del movimiento reformista de Gómez Farías y de los honrados gobiernos de Herrera y de Arista, á las dictaduras de Santa Anna; en que las disensiones interiores impiden consolidar la autoridad nacional, desgarran las entrañas de la Patria, causan la mutilación del territorio y orillan á la República á su disolución. Combate de hermanos contra hermanos, de hijos contra padres; todos buscando el bien; pero por sendas tan contrarias, que cualquier acuerdo parecía imposible. Qué dantesco cuadro el de los lamentos, las lágrimas, la sangre y la muerte de tantos y tantos millares de hijos de esta tierra de la primavera y del sol! Instantes hubo en que hasta la esperanza parecía huir horrorizada de tanto estrago! Pero puestas una á una las piedras miliarias del camino de salvación por el partido liberal, por el que tremola la enseña del progreso, la Nación tiene conciencia de su ser, de su autonomía definitivamente afianzada y de su fuerza; deponen las armas para reposar de la contienda y sus hijos se estrechan en un abrazo que no es sólo de los cuerpos, como el de Acatempan, sino de los corazones y de las almas. Aplazando la conquista de otros ideales políticos, la Nación se consagra por entero á su reorganización económica y social, y, guiada por un gran caudillo, entra en la era de la paz.

El siglo entero ha sido un incesante trabajo de emancipación. Primero, la emancipación política de España, que conquistaron los insurgentes y el libertador; en seguida, la emancipación de la tutela de la Iglesia y de todo gobierno extranjero, que realizó el partido liberal guiado por Juárez, con los reformistas y con Lerdo é Iglesias, y después la emancipación de la anarquía y de la demagogia, obra también del partido liberal, que confió su jefatura á un patriota tan gran soldado como gran estadista. Todo presidido por la emancipación mental que iluminó nuestra conciencia con el dogma de la soberanía popular, para hacer caer el derecho divino de los reyes; con el de la igualdad social, que colocó á México entre las primeras naciones antiesclavistas; luego con el de la separación de los pode-

res temporal y espiritual, y, por último, con el gran dogma de la educación popular y de la difusión de la ciencia, bajo sus múltiples y variados aspectos.

[Cada día ha traído su lucha; cada lucha ha terminado con una victoria, con la conquista de un bien que ha de preparar nuevos florecimientos de la vida y del espíritu humanos y que tenemos que defender contra cualesquiera movimientos destructores, lo mismo de reacción que de impaciencia.

Está constituida la Patria, una é indivisible; está formado un pueblo cuyos ciudadanos podemos decir, con un ilustre compatriota: «no somos indios, ni somos españoles; venimos del pueblo de Dolores, descendemos de Hidalgo;» está afirmada la solidaridad nacional en todos los ámbitos de la República; las bases fundamentales de nuestro régimen interior cuentan con la opinión unánime, y si en puntos secundarios surgen divisiones, efecto de la necesaria variedad de intereses y tendencias individuales, esas divisiones engendrarán luchas de ideas, ya no de destrucción ni de sangre, y serán prueba de salud y fuerza en la Nación. Aleccionados por el pasado, nadie osará herir las fibras vitales de la Patria, y el sentimiento de ser mexicanos presidirá nuestros actos.

Mas si no hay que permitir que la impaciencia ó el odio atenten á los bienes conquistados, hay que proclamar también muy alto que jamás habrá de consentirse que el pasado, ni aún la parte que de él bendecimos, sea cadena que cuelgue de nuestro pie y nos haga volver atrás ó siquiera retarde nuestra marcha hacia adelante.

¿Quién podrá creer que todo esté conseguido, que la misión de la Patria esté cumplida? La misión de los pueblos es tan amplia como la vida misma, y la vida de la humanidad, como especie, tiende á ser inmortal. Mientras haya lágrimas y temores, mientras haya dolores é infortunios, el hombre no podrá sentarse á reposar. Apenas si le será lícito detenerse á reponer sus fuerzas exhaustas, á restañar la sangre de sus heridas, ó á volver la vista hacia el pasado, como en este instante lo hacemos nosotros, para medir y examinar la senda recorrida. ¡Y cuán larga es aún la jornada, aunque no pensemos sino en las necesidades que alcanza nuestra limitada vista! ¡Cuántos dolores que mitigar hay en nuestras almas, cuántos anhelos santos que realizar hay en nuestros corazones, lo mismo para nuestros hermanos los de abajo, que para nuestros propios hijos, para nosotros mismos y aún para los hombres colocados en las más altas cimas y á quienes toca la responsabilidad de dirigir á sus semejantes! No hay que descansar. Después del alto que hacemos para ungrir á los héroes con nuestra gratitud, volvamos á darnos las sandalias, reempuñemos nuestros instrumentos de trabajo y reanudemos la lucha por el progreso.

Los combatientes que hoy recordamos, hubieron de luchar casi desarmados, contra enemigos poderosos, hasta con el cielo, cuyas iras desencadenaba sobre ellos la Iglesia. Los de mañana, fuertes con el saber adquirido, sólo tendrán que luchar con las fuerzas naturales—físicas, económicas ó sociales—, siempre activas y vigilantes, es verdad, pero siempre sumisas á las leyes que las rigen y que la ciencia va descubriendo, y contra sí mismos, contra sus propias debilidades y pasiones, muy más difíciles de vencer que las fuerzas exteriores. ¡Cuán grande es la superioridad de los hombres de hoy con relación á los de hace un siglo, en cuanto á los medios de que disponen, y por ello, ¡cuánto más grande su responsabilidad ante la Historia!

Empeñada la Nación en la lucha por los bienes primordiales, habíale sido imposible dar forma material á su gratitud hacia quienes le dieron la vida, honrándolos con la magnificencia digna de sus altos méritos. Pero cuando la paz trajo la quietud á los espíritus y la riqueza á las arcas públicas, surgió el monumento. Extenso y profundo fué el cimiento que necesitara. Su erección hubo de ser lenta y difícil, como la conquista gloriosa que está destinado á recordar. Mas, á pesar de todo, ahí está en pie y ahí perdurará sostenido por el pueblo, como símbolo de su gratitud.

La columna se eleva al firmamento como la eterna aspiración del hombre hacia formas superiores de vida; se miran en su base estatuas que representan la «Guerra,» doloroso y sangriento medio empleado por el pueblo para alcanzar la libertad; la «Paz,» fruto supremo del humano esfuerzo; la «Ley» y la «Justicia,» insuperables guardianes de la paz y generadoras de la felicidad de los hombres. La «Historia» inscribe en sus fastos eternos las proezas de los héroes, y la «Patria» presenta su ofrenda á los creadores de la Nación Mexicana, simbolizados en el Padre Hidalgo y en cuatro de los insurgentes más conspicuos. En el remate, sobre el capitel decorado con el águila simbólica que nos legaron nuestros ancestros aztecas, abre sus alas un ángel en quien confundimos la «Independencia» y la «Victoria!»

Una vez más, el arte ha dado vida á la piedra y al bronce, les ha infundido un alma y los ha convertido en el himno del pueblo á sus héroes y á la libertad!

En este instante, lo mismo que nosotros alrededor del nuevo monumento, cada uno de los grupos de ciudadanos diseminados en el territorio nacional, levanta un ara, suntuosa ó humilde, y en ella deposita la santa ofrenda de su gratitud. El patriotismo une hoy á todos los mexicanos, sin distinción de creencias ni de aspiraciones. Para celebrar el aniversario secular de la Patria, nada nos separa; nuestras voces se elevan al unísono en los himnos y nuestras manos se enlazan para elevar las palmas y las coronas!

Creeríame indigno del honor de haber ocupado esta tribuna si descendiera de ella sin saludar á la madre España, cuando en la lengua que ella compartió con nosotros estamos bendiciendo la Independencia, y cuando en nuestro corazón se estremecen fibras que ella misma formó, arrojando en este ardiente crisol tropical su sangre y su alma, para que, fundidas con la sangre y el alma indias, formasen nuestro ser. En la lucha que sostuvimos contra su dominación, la justicia amparó nuestra causa; mas apenas pasado el calor de la contienda y mitigado el dolor del golpe, que ciega, España y México comprendieron que los vínculos de la sangre son indestructibles, sintieron que aun después de haberse combatido pertenecen á la misma familia, y se tendieron con efusión los brazos. ¡Llor á España, en cuyo seno han florecido tanto el indomable amor á la Patria, el heroísmo, la santidad, la ciencia y el arte!

¡Llor á nuestros héroes! Ellos fueron, como Prometeo, los titanes que nos dieron el fuego sagrado de la libertad, arrebatado al cielo, aceptando para sí el sacrificio, base de todas las acciones grandes! ¡Mas no sólo á los mártires! Llor á todos los creadores de la Patria, grandes ó pequeños; próceres ó humildes; combatientes con la palabra, con la pluma ó con la espada; vencidos ó triunfadores; glorificados ó ignotos! ¡Que á todos los envuelva en una sola caricia la luz divina de la apoteosis! Que su alto ejemplo reconforte siempre nuestro espíritu, robustezca nuestro patriotismo, nos aliente en la

lucha incesante por el progreso, y que cuando en otros aniversarios vengan los mexicanos á congregarse al pie de este monumento, para recordar las glorias de la Patria y afirmar sus destinos, digan como nosotros, con profunda é inquebrantable convicción, para conjurar los peligros y hacer que enmudezcan los augurios infaustos: Tenga el pueblo fe en sí mismo; sepa conservar los bienes que el pasado le dió en sagrada herencia; camine siempre con la mirada puesta en la libertad, y la victoria no se cansará jamás de coronar su esfuerzo! He dicho.

NÚMERO 120.

AL BUEN CURA.

Poesía recitada por el señor Diputado don Salvador Díaz Mirón en el acto de la inauguración de la Columna de la Independencia, el 16 de septiembre de 1910.

Hidalgo! no por ducho
excito el astro; que á tu noble hazaña
adeudo un himno; y en el habla lucho
por hacerlo con maña;
y concierto mi voz, que ni con mucho
parece digna de ocasión tamaña!

Y el río bulle por la glauca vega,
tímido, si cargado de coronas. . . .
A menudo con ira ronca y ciega
el Atlántico brega
y ruge al recibir el Amazonas!

Místico y tributario,
vengo á tu insigne majestad que asusta,
á rendir, cual aroma, prez combusta
en el oro de un fuego de incensario!

Hay crisis en que un hombre,
ávido de justicia y de renombre,
sirve á trocar la suerte;
y entonces riñe á muerte
combate de querube con vestiglo;
y hoy una libertad, hija de un fuerte,
consagra un esplendor que cumple un siglo!

Dios á veces agrava
tribulación que abruma,
y que, tremenda por piadosa y brava,
eleva inquina como el mar espuma,
el monte hielo y el abismo lava!

Beligeras historias,
que leíste por útiles memorias,
junto á moreras ó arrimado á vides,
tuvieron en tus pugnas rica parte:
¡iban como sirenas á cantarte
laureles de famosos adalides!

Pasión de fe se muda
en brío y arma como encuentre ayuda.
Bien que de linda rosa,
que ríe apenas en hirsuta rama,
la esencia de por sí cunda olorosa;

mas lumbre que reposa
mustia ó discreta en el tizón, reclama
soplos á urgir y á promover la llama!

Y sacerdocio te avivaba empeño:
que cálices y píxides y cruces
pedían en las aras á tu ensueño
cuchillas y cañones y arcabuces!

A poco estabas listo,
cual guerrero de Cristo,
al sangriento y precioso apostolado;
y en la noche oportuna,
trañas en la veste como untado
el brillo de la gloria y de la luna!

Goza palmas! No sierpe de diatriba
se te atreva y enrosque!

No un ave fugitiva
arrojó por acaso, desde arriba,
grano deyecto que produjo el bosque!

Revuélvome al pasado,
y miro y oigo á un hado
en horrisono tumbo de centella;
y respondo entusiasta y engreído
á fulgor y á estampido:
oh, tempestad propiciatoria y bella!

Ah! pero no en irreflexiva furia
reverdecáis antigua y seca injuria
en contra del hermano,
que de virtud rebosa:
no intentéis percutir, como á tirano,
al espíritu hispano,
que siempre será cosa
firme y enhiesta, principal y hermosa!
¿Mueras? A la desidia!

La República envidia,
como larva en capullo,
el ámbito del vuelo y del orgullo. . . .
Y los patriotas en los negros tramos,
urdimos, trabajamos!

Prócer! fausta crudeza,
cual de verdugo amigo,
te puso por cabeza
de nación que con dúplice testigo—
su orden y su grandeza—
acredita de sabia tu proeza!

Tinta de ala de aurora
prende carmín cual de sonrojo en nube
cárdena y turbadora. . . .

Esperemos en paz el sol que sube,
y alondras trinen por la nueva gracia,
en la dulce clemencia de la hora. . . .
¡Salve á Nuestra Señora
la Virgen Democracia,
que al ceño, á la inquietud y á la fatiga
llega en el resplandor de una cuadriga!

NÚMERO 121.

Informe leído por el señor Diputado é Ingeniero don Ignacio L. de la Barra en el acto de la inauguración del monumento á Benito Juárez, el 18 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Señoras y señores:

La República habría faltado á uno de sus deberes, si en estas fiestas hubiera dejado de honrar, de manera especial, la gran figura del patriota y del estadista cuya vida entera fué dedicada á hacer que imperaran la justicia y el derecho, como bases de la política que le inspiró su firme y previsor criterio, mantenida y aplicada con tenaz esfuerzo por su amor á la Patria.

El vió con claridad, en medio de la atmósfera tempestuosa que envolvía la República en los tiempos en que le tocó gobernarla conforme á la ley. En ésta tenía su espíritu sereno una regla segura, que le impedía dejarse arrastrar por las idealidades irrealizables de aquellos soñadores que creían vivir en una sociedad alejada del mundo real, como la Ciudad de las Aves de Aristófanes, ó por los impulsos de aquellos otros que, amedrentados por las circunstancias gravísimas que hacían caótica en apariencia la situación de México, creían encontrarse en uno de los círculos del Infierno del Dante, iluminados por las mismas rojizas y siniestras luces que la figura del místico florentino y la sombra de Virgilio, coronado de laureles.

Juárez se mantuvo alejado por igual de esos peligrosos extremos: ni soñó con realizar idealidades superiores á la naturaleza humana y á las condiciones de nuestro país en la época en que le tocó vivir, ni se amedrentó su espíritu con el espectáculo que los pusilánimes imaginaban. El tuvo un gran ideal realizable y elevado, y su serenidad y su patriotismo le permitieron seguir con paso firme la senda que lo llevó á la meta.

Esta concepción de la obra del gran patriota es la que el artista tradujo acertadamente en el monumento que hoy inaugura el señor Presidente de la República. Juárez está representado atinada y propiamente: se apoya con firmeza en la tierra en que el hombre se agita con sus grandes y nobles cualidades y con sus pasiones bajas y mezquinas, y le dan sombra amorosamente la Gloria, que celebra el triunfo de la República, colocando una corona sobre las sienes del Patricio, y la República que, con aire majestuoso, descansa su espada en tierra, significando el fin de las luchas por nuestra segunda Independencia, en tanto que con su diestra levanta en alto la antorcha del progreso.

Bella inspiración del artista Heredia, hábilmente ejecutada por el escultor Lazaroni en hermoso bloque de Carrara, de siete metros de altura y de setenta toneladas de peso, llevada á cabo en el cortísimo plazo de setenta y cinco días.

Y aquí es conveniente hacer notar que todas las obras que forman parte del monumento que hoy se inaugura, han sido terminadas en menos de diez meses; habiéndose comenzado los trabajos de cimentación de cemento armado á fines de noviembre de 1909 y empleándose en ellos ochenta y seis días.

Las obras de colocación del mármol, principiadas en 7 de abril del corriente año, hubieron de suspenderse durante varios meses por no haberse recibido con regularidad las remisiones hechas de Italia, habiéndonos obligado esa circunstancia á montar 1,346 bloques, de

los 1,620 que forman la construcción, en un término que no excedió de 45 días.

Todo el mármol empleado alcanza un peso aproximado de 1,400 toneladas y un volumen de cerca de 600 metros cúbicos. Cada columna pesa 10 toneladas; cada arquitrabe, 8 toneladas; cada león de los que están al pie de la tribuna, 9 toneladas, y el grupo escultórico pesa cerca de 70 toneladas.

Las cantidades invertidas en la construcción son las siguientes:

Obras de consolidación del suelo por medio de pilotes de cemento armado, sistema «Hennebique», patentado; estructura del mismo material, y sobreelevación del conjunto, de acuerdo con los contratos celebrados con el Ingeniero Miguel Rebolledo. . . .	\$ 45,853.00
Obras de mármol y de bronce, y montaje del monumento, de acuerdo con el contrato celebrado con la Compañía Italiana de Construcciones, S. A. . . .	261,750.00
Movimiento y transporte de mármoles, y gastos generales.	83,082.96

Cantidades que dan un total de. \$ 390,685.96

Ha sido una empresa difícil de realizar, la de erigir en el corto plazo de diez meses esta obra monumental, á la que han prestado un apoyo decidido nuestro ilustre Primer Magistrado, siempre dispuesto á apoyar todo lo alto y todo lo grande, y su digno Secretario de Gobernación; debiéndose en gran parte el éxito alcanzado á la actividad desplegada por los contratistas de las obras, secundados hábilmente por cuadrillas de operarios mexicanos que han demostrado grande actividad, estimuladas por un noble afán patriótico.

El pueblo griego, artista por excelencia, que tuvo el privilegio, según un escritor ilustre, de circunscribir lo inmenso y de someter el sentimiento mismo á las leyes del espíritu, creó, por su poesía religiosa, tres órdenes, que imprimen carácter bien definido á la composición arquitectónica: el uno, severo y varonil, para los templos de Júpiter, de Minerva, de Marte y de Neptuno; otro, delicado y gracioso, para los de Venus, de Proserpina y de Flora, y el último, rico y magnífico, para los de Juno, de Diana y de Apolo.

Y surgieron de allí los tres órdenes clásicos, creación ingeniosa y admirable que nada, ni el tiempo, ha podido destruir, y que matizan é imprimen expresión definida á las altas manifestaciones de la Arquitectura.

El primero, el que procede de los dorios, lleva la demostración de su genio severo, sólido, resistente: revela á la primera vista su potencia, como un atleta muestra sus músculos; y si se analiza, se ven todas sus partes sostenerse con una lógica rigurosa. Este orden dórico fué el adoptado en esta obra; es, sin duda alguna, el que debía inspirar un monumento á Juárez, al hombre fuerte, recto, justo, inmovible ante las seducciones, sereno ante las más grandes adversidades de la fortuna, firme ante el huracán desbordante de las pasiones.

Por esto juzgo inspirada la concepción del artista, que supo desarrollarla en el más puro estilo helénico.

En el escudo de armas de una vieja ciudad inglesa, aparece como lema la expresiva frase «I will.» «Quiero.» tuvo también por lema el immaculado Juárez: «Quiero,» dijo, y el patriotismo, la razón y el de-

recho se impusieron y triunfaron, por la invencible constancia del varón ilustre que fué su mantenedor.

Por fortuna, esa enseñanza no fué perdida. «Quiero,» ha dicho también la generación que le sucedió; y el país entero, que ha escuchado y comprendido el llamamiento del patriotismo, ha mostrado, con hechos elocuentes, su propósito de aprovechar las riquezas de la tierra por el esfuerzo del trabajo, al amparo de la ley, y ha sabido mantener viva la memoria de los patriotas, que son un ejemplo y un estímulo, y, singularmente, la de Juárez, cuya vida puede sintetizarse aplicándole la profunda sentencia: «Con firme voluntad quisiera querer lo que debí querer.»

NÚMERO 122.

Discurso pronunciado por el señor Licenciado don Carlos Robles en el acto de la inauguración del monumento á Benito Juárez, el 18 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Señores:

Hace cuatro siglos los florentinos inscribieron, en el mausoleo de un profundo psicólogo de la política, este arrogante epitafio:

«*Tanto nomini nullum par elogium.*»

Con mejor derecho podríamos los mexicanos grabar en el frontispicio de este monumento:

«Ningún elogio comparable al nombre de Benito Juárez.»

¿Qué podría reclamarnos la severa Historia; qué la crítica falaz y empozoñada?

¿No ascendió Juárez desde rudo pastor de las serranías de Ixtlán hasta las supremas dignidades de la República? Obra es de varón fuerte subir por la pendiente de la vida á costa del propio esfuerzo, llegar á la cima, y no sentir el vértigo de la altura. De todas maneras, la Historia nos replicaría que las encrespadas hondas revolucionarias elevan á las veces al hombre de positivo mérito, otras al ambicioso vulgar y sin decoro.

Era admirable la sangre fría de Juárez en el peligro, imperturbable su serenidad ante el fracaso, tranquila su moderación á la hora del triunfo... Era un carácter, y por eso mereció «Estar de pie enfrente de los reyes.» Sin embargo, estas cualidades, por sí solas, no le hubieran abierto el templo de la fama.

Como gobernante, recto y justiciero, fomentó la instrucción, codificó el derecho.

Tales títulos lo hacen ya acreedor á nuestra gratitud. No le decretaremos por ello los honores de la apoteosis.

Más elevadas miras, más nobles y trascendentales acciones son las que constituyen al verdadero héroe.

Juárez tuvo esas miras; Juárez realizó esos grandes hechos.

Infatigable peregrino de la libertad, manteniendo en alto el lábaro de 57, cruza las altiplanicies del Bajío; remonta las cumbres de la Sierra Madre; baja una vez hasta las playas del Golfo; va otra hasta los desiertos del Norte, y en estas largas peregrinaciones se identifica con su pueblo y le hace entrever la mágica visión de la esperanza. Su fe de vidente atrae á las multitudes y hace surgir ejércitos en los momentos de la derrota; convierte á los campesinos en soldados; á los soldados en caudillos; á los caudillos en héroes. Cuando todo

parece perdido, los reveses sobreexcitan sus energías, se encara con el Destino, y lanza el rayo que hierde de muerte á la Reacción. Un día, sólo es dueño del terreno que pisa, recuerda á sus fieles las hazañas de Morelos, y reconquista, palmo á palmo, el territorio purificado á sangre y fuego. Así triunfa, y al fin en suelo nuestro, para siempre, y sobre las ruinas del régimen colonial, clava el asta inquebrantable de la Reforma, en cuyo extremo flota la bandera de México independiente, esa que hoy ondea gloriosa á los vientos de la Paz y de la Prosperidad.

Por esto sí podemos proclamar: «Ningun elogio comparable al nombre de Benito Juárez.»

Justo y debido es que la República, con la flamígera espada de la Reforma envainada ya, se adelante á ofrecer á Juárez la ofrenda de la gratitud nacional, y, ante las Naciones hermanas del Antiguo y del Nuevo Continente, diga al mundo:

¡He aquí la carne de mi carne, la sangre de mi sangre! Juárez es mío, pero también es vuestro; pertenece á la Humanidad, porque redimió á las almas para que en alas de la razón volaran hacia la perenne fuente de la Verdad y la Vida.

Sublime es la Reforma; pese al escepticismo y á ciertos sociólogos de nuestros días, porque á los hombres y á sus obras se les ha de juzgar según su época, ó tendremos que borrar del libro de la ciencia la palabra «Evolución;» del libro de la Historia, la palabra «Progreso.»

La Teocracia muerta; la oración libre; el parasitismo abolido; la ley, amparo del hombre desde la cuna hasta el sepulcro; todos iguales ante ella; la tierra dividida en parcelas, redimida del censo y abierta al trabajo; las barreras rotas para dar paso á la locomotora. ¿Qué significa esto? Las necesidades y las vagas aspiraciones de siglos y siglos consagradas en sólo una vez como instituciones perfectibles de un pueblo que se levanta y anda. La creación de una real y efectiva nacionalidad.

¡1859! Parece que fué ayer no más. Y sin embargo, ¡cuánta mudanza desde entonces y en tan breve tiempo! Han corrido apenas diez lustros, y ya todos hermanos, unidos por el trabajo, por los ideales y por un mismo camino.

¡Qué ha sido de los Ocampo, los Lerdo de Tejada, los Ruiz; qué de los Alamán, los Gutiérrez Estrada y los Almonte! Amigos y enemigos han ido á confundirse en el seno de la madre común Naturaleza.

¿Dónde están los infatigables batalladores de la Libertad, Zaragoza, Degollado, González Ortega? ¿Dónde los paladines de la Reacción, Osollo, Miramón, Mejía y tantos otros?

Ya no recorren los campos de batalla; vagan ahora en revuelto torbellino por las heladas estepas de la muerte.

Juárez se desplomó también en el regazo de la Patria inconsolable. Sus mortales despojos han sido devueltos á la incesante rotación de la materia; pero su espíritu no marchó á la región del Sol, allá donde iban los manes de sus antepasados; sus doctrinas, su fe, sus ideales, lo que había en el héroe de imperecedero, su alma, vive en nosotros; es el aliento y es el alma de la nueva generación mexicana.

Por doquiera encontraremos el alma del Reformador. Allá en los campos cubiertos de mieses y antes invadidos por la cizaña: oíd el ronco retumbar de esa pesada maquinaria: es el alma de Juárez que canta el himno al trabajo. Entrad á ese antiguo monasterio: es el templo ahora de la verdad positiva. Mirad aquel vetusto edificio: la

Inquisición destrozaba allí hombres y conciencias; hoy el escapelo sólo rasga las carnes para estudiar el secreto de la vida. Trabajo, paz y unión por todas partes: el alma de Juárez encarnada en su pueblo.

Con razón ¡oh, Juárez! te levantamos estatuas modeladas, no con sangre y cenizas humanas, como las de los semidioses aztecas, sino con mármoles y bronzes tan inquebrantables como tu obra. Tú sigues siendo la verdad y la vida; tus leyes nos gobiernan; tus virtudes nos fortalecen; tu alma nos ha hecho salvos y nos impulsa! ¿A dónde? Está cumplida ya nuestra misión de pueblo libre. Hemos llenado las páginas del primer siglo de nuestra Historia con tres nombres, tres glorias, tres emancipaciones. ¿Qué haremos mañana? La ruta del progreso nunca acaba.

Aquí en nuestro suelo todos son augurios de paz y de ventura; pero á lo lejos oigo fragor de tormenta: ¿qué veo en el negro caos de las fuerzas sociales? ¿qué prepara el Destino á la Humanidad? todavía sangre; siempre contiendas; el hermano contra el hermano. ¡Oh, no lo quiera el cielo! Y si lo quiere, que la revuelta onda venga á morir mansamente en las playas de la libre tierra mexicana. Pero la vida es lucha, movimiento. No hay que detenerse; ¡adelante! Hidalgo nos bendice; Juárez alienta en nosotros; Porfirio Díaz sostiene con mano férrea aún la bandera de la República. Adelante, por la Patria y por la Civilización, y Dios proteja al pueblo de Benito Juárez.

NÚMERO 123.

ARENGA LÍRICA Á JUÁREZ.

Poesía recitada por el señor don Luis G. Urbina en el acto de la inauguración del monumento á Benito Juárez, el 18 de septiembre de 1910.

Y fué del seno de la noche oscura de una raza infeliz heroica y triste, del que brotó serena tu figura.

No, efímero relámpago, prendiste, por un instante, al horizonte, el fuego de un sideral y lívido amatiste;

no relumbraсте en la tiniebla, y luego, extinto tu fulgor, quedóse el mundo más hirviendo de sombras y más ciego.

No, Señor; fué tu brillo, en lo profundo de la terrible noche de la raza hundida en un sopor meditabundo, perenne antorcha que el pavor rechaza; fanal insomne que á los vientos reta; astro que resplandece y amenaza.

He aquí por qué la multitud inquieta agítase; y estamos frente á frente tú, la inmortalidad, y yo, el poeta.

Inmenso y grave tú; yo, reverente y humilde; tú, marmORIZADO ensueño; yo, voz que canta y átomo que siente.

He aquí llegar con religioso empeño á ti —lo grande, el símbolo que dura—

al hombre —lo que pasa, lo pequeño—.

Pero al pasar su pequeñez, depura la vida; y de tu carne, ayer morena, hace hoy, por fin, escultural blanca.

Mas no se alza tu imagen tan serena, ni tan radiante está de lo que entonces fué en medio á la tenaz lucha terrena.

La puerta del no ser giró en sus gonces y entraste tú, llevando hasta la muerte el color y la fuerza de los bronzes.

Y así, Señor, quisiste engrandecerte, y penetrar severo en el combate; y así morir en él, tranquilo y fuerte.

Late, soberbio mármol, late, late, cual si tuvieses corazón; te lleva el pueblo en su alma como á dios penate;

y tu memoria, en cada hogar, renueva la gran veneración por el que pudo surgir del negro fondo de la gleba,

por el que fué una voz del triste y mudo genio del conquistado que aun se asombra con la feral visión del férreo escudo,

y por aquel que el indio llama y nombra cuando quiere mirar, como Tobías, á un ángel blanco en medio de la sombra.

Tramontaron los soles de tus días penosos, y el Derecho, tu bandera, ampara nuestras dulces alegrías.

El azul de tu cielo reverbera con flamante esplendor, con el anhelo de dar al aire luz de primavera, oro y diafanidad, para que el vuelo de las almas se bañe en la infinita claridad milagrosa de tu cielo.

Todo florece en paz —la paz bendita; la paloma del arca que atraviesa la nube, y la esperanza resucita—.

Brilla tu monumento en la turquesa del fulgor matinal, y hasta el ramaje parece que se inclina y que te besa.

En tí reposarán, tras de su viaje azul, las golondrinas bulliciosas, sacudiéndose el polvo del plumaje.

Hasta tí llegarán las mariposas, y te enviarán perfumes en el viento los rojos incensarios de las rosas.

Vela en la majestad del monumento, gran héroe de la ley, como en la vida: recogido en un noble pensamiento.

Del bloque mismo en el que fué esculpida tu imagen, evocaron los cinceles el simbólico grupo que te cuida.

Y en la blanca materia, tus laureles se vuelven perdurables, y así miras que la Patria y la Gloria te son fieles.

No provocas temor ni odios inspiras;